

NEGREDA

NE ME QUITTE PAS*

Sólo pienso en ti,

Juntos de la mano, se les ve por el jardín.

Sólo pienso en ti.

(Víctor Manuel)

Él alboreaba mis tinieblas y yo alumbraba sus sombras cosidas a las mías.

Nació siete minutos antes que yo y por eso siempre se consideró el hermano mayor.

-Es un hombrecito- le dijeron a mi madre las enfermeras mientras de reojo miraban al cielo y murmuraban –Dios, si existes, que sepas que tu plato estrella ha salido a medio cocer.

Y mientras yo gritaba por salir y ver la luz, mi corazón, como un diapasón, marcaba idéntico ritmo que el de él.

Éramos tan distintos y tan iguales a la vez. Siempre estuve convencida que en esa placenta fuimos hermanos siameses y que por algún motivo azaroso nos separamos unos segundos antes de nacer. Yo tenía injertado en mi cuerpo parte de su corazón y Tomás en el suyo una parte adicional de un cromosoma que siempre consideré mío. Esa ofrenda, que en mi imaginación me atribuí, marcó la vida de Tomás, mi hermano siete minutos mayor que yo. El cromosoma extra 21 modificó su genoma causando el síndrome de Down. Resultamos ser unos gemelos únicos, especiales, diferentes. De cada 385.000 nacimientos de gemelos, sólo uno es el “afortunado” con esta variación, y ese era mi hermano mayor Tomás.

Está claro que cualquier forma de vida no es más que un accidente, pero nosotros pobres locos mortales, instantes, fugaces, creímos ser importantes...pobres, pobrecitos.

En casa no existía el tuyo y el mío, sólo el nuestro, pero fuera de aquellas paredes todos, absolutamente todos se empeñaban en enseñarnos a competir y no a ser. Tomás y yo no queríamos competir, sólo buscábamos ser y estar, sólo eso, ser y estar. No queríamos ser los mejores, para qué, que compitieran otros, a nosotros no nos interesaba.

A veces basta con salir del corral para dejar de ser tratado como un animal.

Nuestro que hacer favorito siempre fueron los libros. Tomás devoraba con sus expresivos y achinados ojos las ilustraciones de su colección “Las mejores pinacotecas del mundo”. Mientras, yo le leía en voz bajita. Nunca soportó el ruido, era mucho más sencillo hacerte entender hablando despacio, quedo, a susurros.

Hemos inventado el ruido porque nadie soporta quedarse a solas y en silencio, teniendo en su cabeza como único sonido sus pensamientos, prácticamente el mundo entero acabaría suicidándose.

Intercambiábamos sonrisas cuando algo nos gustaba. En nuestro querer diario sobraban las explicaciones, nos bastaba con ese cruce de miradas de color miel. Sus ojos siempre mirando el derredor con un brillo de dulzura y paz.

Era hermoso verle caminar cogido de la mano de madre, con la cabeza bien alta, descendiendo la avenida completamente ausente y un poco melancólico.

Por las tardes los martes y jueves acudíamos a clase de pintura. Durante las explicaciones del profesor, Tomás se sentaba en un pupitre que había elegido ya el primer día, el último, el que estaba pegadito a la pared y al lado de un gran ventanal. Se subía el cuello de su camisa de cuadros azul marino, estiraba las piernas y se repantingaba con los brazos cruzados en una postura a la vez insolente y cómoda, quieto y ensimismado, como ausente, abstraído y mirando con ese gesto tan suyo en la cara. Podía estar media hora con los ojos clavados en la nada.

Somos dos, pero somos uno. Estamos hechos de una vida que hemos disfrutado por igual, lo vivido, lo no cumplido, las esperanzas, los sueños y todo lo que secretamente anhelamos y que casi siempre acabábamos descartando por miedo o incertidumbre.

Sé que es difícil comprender aquello que no se ha experimentado, entender al otro, realmente no es fácil. Antes yo necesitaba que el mundo comprendiera a Tomás, que le aceptara, que le acogiera como uno más de la manada, del grupo, pero con el paso del tiempo me he dado cuenta que no lo necesita, que da igual que le entiendan, del mismo modo que él no trata de entender a nadie, sólo acumula información y ya. No precisa del consentimiento, la aceptación o el gusto de los otros, no tiene esa necesidad de demostrar que es más que alguien, y yo estoy bien porque él está bien, porque entendí que no le entiendan, que no le esperen, que no le sepan y que a él no le importe demasiado, pero tampoco renuncio a ello, simplemente es como el mundo que nos rodea que también es o como los otros que también son aunque Tomás no los entienda.

Nos gusta el sol y el verano, nos gusta el rocío y la luna llena, pero si hay algo con lo que disfrutamos es con la lluvia.

Salir de clase de pintura y que nos llueva y que justo cuando se acaban los tejados y los portales para guarecerse, la lluvia se vuelva más terca y burlona, y nosotros sin acelerar el paso, ni cubrirnos las cabezas, pareciera que necesitáramos ese agua como los peces y las flores, y al cruzar la calle, ella más terca y nosotros más alegres y menos doloridos, y al llegar a casa empapados y limpios nos han crecido margaritas por el cuerpo y tenemos el alma fresca y algún que otro estornudo. Qué bonito es olvidar el paraguas y las prisas y asumir el chaparrón hasta el fondo de los huesos.

Esta tarde la brisa sopla su mansedad sobre el jardín y mi tiempo es una mueca que se refleja en mi cara.

Ha empezado a llover dulce, sereno.

Esta tarde hace siete días que Tomás se desplomó en la calle, como una hoja de roble que se desprende de su rama, así lo hizo él de mi mano. Su defecto cardíaco presente desde el nacimiento decidió que iba siendo hora de que supiéramos de él en primera persona, haciéndose el protagonista, y mientras su menudo cuerpo parece dormir en el asfalto, se escucha una música en la radio de un coche, una tonada que adquiere la melancolía de la vida, el aroma de la desolación y la profundidad nostálgica de lo que no va a volver.

Ne me quitte pas, je ne vais plus pleurer, je ne vais plus parler...

No te alarmes madre, estoy bien, sólo tengo un día lluvioso y necesitaba lloverlo.

Leíamos juntos “El Principito” Tomás había memorizado partes del texto.

-Soy esencial- me decía

-¿Cómo dices Tomás?

-Que soy esencial porque soy invisible, y lo esencial es invisible a los ojos

-¿Y tú quieres ser invisible Tomás?

-Sí y transparente- Me contestaba acercándose a mi oído y esbozando una sonrisa que le cubría toda la cara, esa sonrisa suya de hoja perenne.

Los veranos, en el mes de agosto, disfrutábamos de nuestra libertad en la playa. Si hubiéramos podido escoger el tiempo en el que vivir, sin lugar a dudas sería este, volver diez minutos, aunque sólo fuera diez minutos todos los días.

Tomás camina sobre la arena con sus pies descalzos, dejando esas huellas suyas tan distintas.

El pediatra le puso nombre a sus pies “pie en sandalia”. El dedo gordo está más separado del resto. Si miras los pies de Tomás pareciera que acaba de quitarse sus sandalias y que su dedo gordo, obstinado y terco como él, se negara a ocupar ordenadamente su lugar en la fila.

Tomás presume de huellas, las compara con las mías en las marcas de la arena.

-Tú vas descalzo y te quemarás los pies. Yo no, yo llevo sandalias, ves.

Y aproxima su pie desnudo al mío, pareciera un hablar entre dos cuerpos, el resto no me interesa...casi nada, ninguna cosa...casi nadie.

En nuestro décimo cumpleaños abuela Encarna nos regaló un disfraz de superhéroe. Me tocó ser Batman, Tomás eligió el primero, como hermano mayor que era, y prefirió el colorido traje de Spiderman al monocolor negro de aquel hombre murciélago que para nada le aportaba buenas sensaciones. Sin embargo no tardó ni diez minutos en

intercambiar las máscaras, las orejas de Batman eran espectaculares y en cambio aquella cara de Spiderman con ojos de mosca le producía repelús. Tomás acabó ideando su superhéroe personal al que llamó EspibaTomás. Siempre se alegró de que abuela Encarna no me hubiera ofrecido un disfraz de hada o princesa, porque imaginarse a Spiderman con diadema de pompones en la cabeza no le parecía lo más adecuado.

Era verdad la vida y nosotros sólo niños.

Estuve mirando cómo se ponía el sol por detrás de unos cipreses centenarios del pequeño jardín que rodea el cementerio y pensé en la vida, en mi infancia infinita con Tomás. Pensaba, qué hacía él allí en aquella hora tan triste de un crepúsculo rosa en una tarde de otoño, y sin darme cuenta lloré.

Cierro los ojos y encuentro en mi memoria ese color que la puebla cuando nos recuerdo mirando el cielo y tú, terco, queriendo fijar los ojos en un sol con gusto a naranja. Añoro esa actitud dulce que siempre te acompañaba.

Escuchaste en el patio del colegio silbar a un niño. Jugaba a las canicas, y mientras apuntaba con un ojo casi cerrado a un triángulo pintado en la arena, esbozaba una melodía a base de silbidos. ¡Eso sí que te pareció lindo!

Desde aquel momento tu meta cada año fue aprender a silbar, pero por más que lo intentase no le salía nada. Bueno, salir sí salía. Un montón de gotitas que salpicaban mi cara en cada soplido de Tomás.

-No importa Tomás, es que aún no tienes boca de soplador. El año que viene lo volvemos a intentar

-Sí, el año que viene lo volvemos a intentar

Veinte años de intentos y nada. Es que hay cosas que prefieren quedarse dentro de uno y no asomar ni la patita para que el lobo feroz no se los coma.

Las navidades las pasábamos en el pueblo de los abuelos, Tomás allí estaba más tranquilo, porque aunque le fascinaban los colores de los fuegos artificiales, no soportaba el estruendo que se formaba al lanzarlos.

Lo mismo ocurría en carnaval o en la festividad del patrón. Era una guerra contra el ruido que sabíamos que no podríamos ganar, aunque ellos tuvieran la fuerza y nosotros la razón. Hay gente tan idiota que no entiende que haya otros que no quieran ser como ellos.

De todas formas en el pueblo también había árbol de Navidad y Papá Noel y Reyes Magos. Y estaban los abuelos y un montón de tíos y primos con los que jugar. Abuelo Nicolás colocaba el belén en la repisa de la chimenea, tenía hasta el pastor que con los nervios de ver al niño recién nacido le entraban unas ganas apremiantes de hacer caca. Allí estaba siempre, escondido detrás de un árbol mostrando su orondo culo a las ovejas que pastaban a su lado.

Tampoco faltaba nunca el botillo. Era una tradición comerlo el día de Navidad. Tomás y yo nos habíamos inventado un juego, al que le tocara en el reparto un trozo de rabo (el bocado más exquisito del botillo y el que todos deseaban) podía pedir un deseo que era fijo, fijo que se le cumplía. ¡Cuántos anhelos en torno a una mesa! Al acabar de comer brindábamos por la felicidad, la paz y el amor y cantábamos villancicos. Tía Laura sabía tocar muy bien la guitarra y los demás hacíamos lo que podíamos con pandeetas, castañuelas y todo lo que encontrásemos cerca con lo que poder hacer ruido.

Tomás abre la boca pero no le oigo cantar.

-Tomás ¿qué tienes?

- Nada, estoy cantando

-¿Cantando?

-Sí

- Entonces debo estar quedándome sorda

-Estoy cantando para dentro.

Le miro con cara de no entender nada

-¿Acaso no sabías que se podía cantar para dentro? ¡Qué de cosas te tengo que enseñar hermanita!

Qué de cosas te quedaron por enseñarme Tomás.

Hace tres años que celebramos las navidades sin ti. Con botillo, brindis y villancicos pero no estás. Cierro los ojos y te veo sonriéndome desde el más allá que habita en los recuerdos, tranquilo, cantando para dentro, bajo la luz de una tarde de playa en blanco y negro, porque así son las tardes nostálgicas del recordar.

Hubieras sido un magnífico tío, aunque no padrino, no te interesaban los títulos que se otorgaban al libre albedrío, tío lo serías porque sí, por naturaleza, igual que padre o abuelo o vete tú a saber, pero padrino no, por nada del mundo aceptarías un cargo para el que nadie te hubiera preparado desde el nacimiento.

Ya estoy en mi cuarto mes de embarazo, los médicos me han realizado pruebas para la detección del síndrome de down. No hay problema. Mis niños están bien. Sí Tomás, son dos, gemelos igual que nosotros, niño y niña como tú y yo. La familia se alegró al saber que mi embarazo discurría por los cauces normales.

Todos tenían miedo de que se repitiese la historia.

Yo no, yo tenía esperanza...

*No me dejes